

Milka Rabaza

I

El día de la Amación
llegaron tontos tres hombres
y pusieron el pie bajo la cornisa
súbita de un enrejado de pájaros.
Al darse cuenta de la lluvia
volcaron sus alforjas en el suelo
formando una imprecisa hoguera.
¿Dónde es que te escuece la pantorrilla, hombre? —preguntó el ave
Imitando al astrónomo alzarón la vista al cielo
y alguno respondió
No necesito más de la sombra de tus alas.
Sin embargo un antiguo rumor bosquense
se fue haciendo atronador a medida que crecía el fuego.
Se rompen los cántaros —advirtió el otro.
Y ya no se pudo conseguir el cese de la lluvia
a pesar de los himnos y cantos de alabanza a las nubes.
Y de entre los frutos escogieron el que apareció primero
y llenaron las alforjas cuidadosamente
pensando en el espacio reservado a los trofeos.
Recogieron las ascuas como amuleto contra la noche
y partieron.

II

Se anunciaba un viento poderoso y lejano
las estepas bramaron bajo el polvo mortecino.
Bajaron tontos los tres hombres al oquedal más cercano.
El ave en tanto los había seguido.
¿No te basta, hombre, con la lluvia?
Dijo el tercero
Ave, ¿No sabes que nunca nos conformamos?
Hay peligro para ti en este lugar, vete.
Mucho polvo se levantó, mucha niebla
arruinando la visión del horizonte.

III

Nuestras vidas comienzan cuando el mundo transita.
Así terminaba la oración de la mañana.
Los hombres venían del río en que se habían purificado
para el camino.
Entonces decidieron inventar una religión
para protegerse de los peligros comunes
y bautizaron ese río con un nombre sagrado.
Más tarde la perfeccionarían y la enseñarían a sus hijos
y a los hijos de sus hijos y a todos los demás que vinieran.
Hecha esta diligencia remontaron la ribera
con sus cayados de azucena.
En sus venas yacían los icores de la viña
en sus rostros fríos ojos de lince
tras la cañada reventaban capulíes y céñulas.
Nunca fue tan difícil no saber a dónde iban
pero el hombre era un ser normal
incluso hermoso.

IV

Y dejáronse caer en la ciénaga ermitaña
de las trovas
lugar inconquistable para los insensatos
y las estúpidas.
Como primera unidad de sentido
descubrieron la canción
antigua acompañante providencial de las praderas
y las mazorcas
de los ríos y las centellas
de la noche y el fuego asando una buena pieza.
Casi casi no faltaba nada para la intensidad
salvo, ¿de qué íbamos a hablar en nuestros cantos?
Puesto que soy la medida de todas las cosas
y el mundo ha sido puesto en el cielo para mí
nuestros cantos hablarán de nuestras raíces de nuestros frutos
de nuestros sentimientos y pensamientos
y de la comunión que tenemos con la naturaleza.
Por nuestra voz hablarán los perros, las aves del cielo
los peces y hasta el mismo mar, todos los habitantes de este planeta
que no pueden hablar.
Por nuestra voz hablará también
la divinidad.

V

El mismo día se frotaron la piel con mixturas de resinas
hasta hacerla brillar como el reflejo del agua.

Entonces quedaron satisfechos de sus cuerpos y de sus ansias
encontrándose bellos para lo hermoso
tiernos para lo justo.

Uno se acercó a otro y le dijo
Tu amor me ha sido hecho regalo
por los infalibles, de la misma manera
yo quiero concretarlo con la ofrenda del mío.

El otro respondió

Hermano, tu sangre viaja en el mismo arroyo
que llega hasta mis entrañas.

Y no hubo nada más brillante en la tierra
que todo cono de amor.

VI

Así aprendieron a tomar
todo cuanto a su paso se ofrecía
de agua en piedra
de piedra en aire
de aire en vuelo
de vuelo en pájaro
de pájaro en hombre
de hombre en cuervo
de cuervo en hierba
de hierba en arena
de arena en pez
de pez en náufrago
de náufrago en vino
de vino en lluvia
de lluvia en pan
de pan en cerro
de cerro en árbol
de árbol en canto
de canto en buey
de buey en musgo
de musgo en paloma
de paloma en tierra
de tierra en mar, en carta, en lágrima
de lágrima en nube
en flor
en abismo.

VII

Cuando a sus sólidas mañas
los tambores llamando respondían
se cansaba la noche dársena del grito.
Cerraban las puertas de sus casas
resguardándose del implacable sonido.
Alto a las faenas
y se envolvían en sus mantos.
Alto a los comités
cada casa era una ciudad irreductible.
Entonces rodeaban el fuego
con ojos perdidos
bebiendo el agua rescatada
de la tierra.
Se estrechaban de cuando en cuando
y de mano a mano pasaban el fiambre.
Luego el cansancio los vencía
y era tan dulce aceptar esta derrota.
Alto a la vigilia
cada uno era una ciudad irreductible.